



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año I 2014 Núm. 1-2

ÍNDICE

	Pág.
Vicente Botella Cubells: En la nueva etapa de la Revista <i>Anales Valentinos</i>	1
Juan Miguel Díaz Rodelas: XL Aniversario de la Facultad de Teología ...	3
Miguel Navarro Sorní: Laudatio de Monseñor Vicente Cárcel Ortí con motivo de su doctorado <i>honoris causa</i> por la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia	
Vicente Cárcel Ortí: La enseñanza de la Teología en Valencia	
Esteban Pérez Delgado: Laudatio del profesor Argimiro Velasco Delgado para la obtención del doctorado <i>honoris causa</i>	
Argimiro Velasco Delgado: San Basilio de Cesarea. <i>Ad adolescentes</i>	
Alfonso Esponera Cerdán: La investigación y enseñanza de la historia de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II	
Vicente Cárcel Ortí: Monseñor Valeri, nuncio en París, ante la guerra de España	
Juan José Garrido Zaragoza: Realidad y ser en la filosofía de Zubiri	
Juan Damián Gandía Barber: Perspectiva canónica de los problemas actuales en torno a la patria potestad, guardia y custodia	
Manuel Angel Martínez Juan: ¿Cómo nos salva Cristo por su pasión, según la enseñanza de Santo Tomás de Aquino en la <i>Tertia pars</i> de la <i>Suma de Teología</i>?	
Ricardo Sebastián Pierpauli: La equidad en Aristóteles, Tomás de Aquino y Francisco Suárez	
Memoria del curso 2013-2014	
Recensiones	
Publicaciones recibidas	

ESCRITOS
DEL VEDAT

LA INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA A PARTIR DEL CONCILIO VATICANO II*

*Alfonso Esponera Cerdán, o.p.***

El título de mi intervención responde a una constatación. Me explicaré. En las celebraciones de estos casi cincuenta años que han transcurrido del desarrollo del Concilio Vaticano II, no se ha mencionado –o al menos no lo he sabido encontrar– lo que ha implicado respecto a la renovación de la investigación y enseñanza de la Historia de la Iglesia; y sin embargo pienso que ha sido algo importante y significativo.¹ Sobre ello, quiero reflexionar en cuatro grandes apartados.

1. LA INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Debe señalarse que a lo largo del pasado siglo² hubo una lenta y gradual renovación de la investigación sobre la Historia de la Iglesia –siguiendo en la gran mayoría de ocasiones las pautas que fueron surgiendo en la ciencia histórica en general: materias estudiadas, métodos de investigación, pluridisciplinaridad, manera de presentar los resultados,

* Lección inaugural pronunciada el 16 de septiembre de 2014 en la Facultad de Teología San Vicente Ferrer, de Valencia. Cuando fueron redactadas y leídas estas páginas aún no había tenido acceso el trabajo de S. Xeres, “El aporte del Concilio Vaticano II a la renovación de la historia de la Iglesia”, *Anuario de Historia de la Iglesia* 23 (2014) 219-248; por su interés lo he incorporado en las notas.

** Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España).

¹ Si bien han pasado más de cuarenta años desde su publicación, siguen siendo sugerentes respecto a este tema muchos de los trabajos publicados en *Concilium* 57 (1970).

² Cfr. JEDIN, H., “Introducción a la Historia de la Iglesia”, en *Manual de Historia de la Iglesia*, I, H. Jedin (dir.), Barcelona 1966, 77-91; LORTZ, J., “Introducción”, en *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la Historia del Pensamiento*, I, Madrid 1982, 23-31; AUBERT, R., “Introducción General”, en *Nueva Historia de la Iglesia*, I, L.J. Rogier y otros (dir.), Madrid 1964, 19-37; ÁLVAREZ GÓMEZ, J., “Nociones preliminares”, en *Historia de la Iglesia*, I. *Edad Antigua*, Madrid 2001, 5-16.

etc.— que la llevó a irse configurando como historia científica, distinguiendo cada vez mejor sus diversos planos y métodos respectivos. A ello además han venido contribuyendo la apertura de gran cantidad de importantes Archivos eclesiales y las excelentes ediciones críticas de fuentes.³

Algo se estaba moviendo en la Iglesia, fue “el medio siglo que preparó el Vaticano II”.⁴ Fundamentalmente después de la I Guerra Mundial, el movimiento bíblico (Escuela Bíblica de Jerusalén, Instituto Bíblico de Roma...) se acercó a la Biblia con nuevas perspectivas y nuevas metodologías histórico-críticas. El movimiento patrístico (De Lubac, Daniélou...) redescubrió la importancia de los Santos Padres y enriqueció la teología, la espiritualidad y la pastoral con nuevas ediciones (p.ej. colección *Sources chrétiennes*...). El movimiento litúrgico (en los monasterios de Solesmes, Maria Laach, Montserrat...) valoró la asamblea litúrgica y se centró en la celebración del Misterio Pascual. El movimiento ecuménico (gracias a Couturier, Congar...) dialogó con protestantes, anglicanos y ortodoxos, cerrando así una etapa de confrontación y apologética. La pastoral también abrió nuevos caminos, sobre todo en contacto con jóvenes, ambientes descristianizados y obreros: fue la época de la Acción Católica especializada y de los cuestionamientos sobre si los llamados “países cristianos” no eran “países de misión”.

Nació una nueva sensibilidad social, fruto tanto de una profundización cristológica de la vida de Jesús de Nazaret (Cardjin, el Abbé Pierre, Gauthier, Voillaume, estudios bíblicos de Dupont y Gelin...) como del diálogo con las ciencias sociales. Apareció también la llamada “teología de las realidades terrenas”, que valoró las ciencias, la economía, la historia, la política, el progreso, el cuerpo, etc. En eclesiología estuvieron los estudios bíblicos sobre el concepto de Pueblo de Dios (Cerfaux, Koster...), como desde el punto de vista dogmático con las aportaciones

³ El canónigo belga Roger Aubert (1914-2009) trabajó paralelamente a la importante *Escuela de los Annales* en el desarrollo de una historia del hecho religioso desde una perspectiva crítica y científica. Pues bien, en una entrevista concedida en 1999 afirmaba que en las décadas de 1930 a 1950 la influencia de esta Escuela aún no se dejaba sentir en el terreno de la Historia eclesiástica, en la cual él ya trabajaba desde 1928: “No es por darme importancia, pero, yo había hecho mis estudios de Historia del año 1928 a 1932 y aquella corriente no existía aún [...] En 1952, cuando llegué a Lovaina, yo no sabía prácticamente nada de la *Escuela de los Annales*. Mi opción al escribir mi libro [*Pío IX y su época*] en el sexenio de 1946 a 1952 fue independiente de la *Escuela de los Annales*. Y en los medios eclesiásticos, poco al corriente de la evolución los estudios históricos, mi punto de vista apareció como muy nuevo”.

⁴ Feliz frase y exposición de R. Aubert en *Nueva Historia de la Iglesia*, V, Madrid 1964, 469-552; cfr. VILANOVA, E., *Historia de la Teología Cristiana*, III, Barcelona 1992, 822-905.

de Mersch y Tromp, que luego desembocarían en la encíclica *Mystici corporis* de Pío XII (de 1943), que presentó una visión menos jurídica y más mística de la Iglesia. Sin olvidar el proceso evolutivo del Derecho Canónico.

Todos estos movimientos se focalizaron en Centros de Estudios Teológicos europeos como Lyon-Fourvière, Lovaina, Le Saulchoir-Paris, Innsbruck, Munich, Tübingen, etc, donde emergieron figuras teológicas relevantes como Rahner, Balthasar, Chenu, Congar, Daniélou, Lubac, Schillebeeckx..., que reemplazaron la teología escolástica dominante hasta entonces por una teología más bíblica, antropológica e histórica. Estos teólogos no sólo conocían las fuentes y la Tradición, sino que dialogaron con el mundo moderno, algunos vivieron la IIª Guerra y fueron hechos prisioneros, participaron en encuentros ecuménicos, estuvieron en contacto con sacerdotes obreros, con científicos, con marxistas... Esta “nueva teología” fue censurada por Pío XII en su encíclica *Humani generis* (de 1950), pero muchos de los teólogos sancionados, y en algunos casos destituidos de sus cátedras, serán luego los grandes teólogos del Concilio.

De lo que se trataba no era de reconocer el valor de la Historia del Cristianismo, de la Iglesia y de la teología como un conocimiento del pasado, capaz de enriquecer la reflexión cristiana en el presente. Al contrario, el aspecto más importante de esas nuevas orientaciones consistía en la exigencia de concebir históricamente la misma realidad cristiana y, por tanto, su existencia como Iglesia, su doctrina y su impacto en las diferentes culturas y en la sociedad. Se rechazaba una concepción “esencialista” del Cristianismo, una visión de la Iglesia como sociedad cerrada en sí misma, una valoración pesimista de la Historia, vista desde el exterior como un lugar de corrupción.

Por tanto, la Historia humana, y mucho más el desarrollo del acontecimiento cristiano en el tiempo y espacio concretos, asumía el relieve de “lugar teológico”, en cuyo seno los signos de los tiempos constituyen una provocación a la inteligencia iluminada por la fe para percibir los síntomas del Reino. Se volvía a descubrir la historicidad constitutiva de la realidad cristiana. Se dio un cambio radical en el enfoque de la teología y en el conocimiento crítico-racional del hecho cristiano.⁵

⁵ XERES, S., “El aporte...”, 229-235.

2. HACE CINCUENTA AÑOS HUBO UN CONCILIO: EL VATICANO II⁶

Toda esta renovación teológica y eclesial encontró en el papa Juan XXIII su catalizador, que fue elegido en octubre de 1958. Sin él no se comprende la convocatoria (1959), preparación (1959-1962) y primera etapa del Concilio (11-X al 8-XII-1962). Pero murió el 3 de junio de 1963, siendo elegido Pablo VI el posterior 21 de junio, quien decidió que se continuase, clausurándolo el 8 de diciembre de 1965.

Para nuestro tema tiene importancia la alocución inaugural del papa Juan XXIII, la *Gaudet Mater Ecclesia*, pronunciada el 11 de octubre de 1962, pues en ella hace una nueva valoración de lo histórico y de lo humano, aludiendo además implícitamente a la metodología teológica de “lectura de los signos de los tiempos”. No voy a detenerme en ella ni en los dieciséis documentos conciliares.⁷ Sólo voy a indicar algunos de sus acentos que considero fundamentales desde la perspectiva de mi intervención. Y así quiero señalar:

- la Iglesia *Pueblo de Dios*, integrado por todos los bautizados;
- la Iglesia *Templo del Espíritu*;
- la *Iglesia comunión*;
- los signos de los tiempos, el regreso a la Historia y al mundo humano como “lugares teológicos”,⁸ una de cuyas mejores plasmas fue la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*;

⁶ Si bien son de referencia obligada los diversos volúmenes de la *Historia del Concilio Vaticano II*, coordinados por G. Alberigo, cfr. VILANOVA, E., *Historia...*, 906-943; SCHICKENDANTZ, C., “Las investigaciones históricas sobre el Vaticano II. Estado de la cuestión y perspectivas de trabajo”, *Teología y Vida* 55/1 (2014) 105-141.

⁷ Según Víctor Codina las claves de lectura del Vaticano II son: nueva postura ante el mundo; redescubrimiento de la comunidad; retorno a las fuentes; redescubrimiento del Espíritu (cfr. *Hace 50 años hubo un Concilio... Significado del Vaticano II*, Barcelona 2012, 11-16). Peter Hünermann después de hablar de cuatro significativos lemas conciliares que tienen una estrecha relación entre sí (el primero, “aggiornamento”; el segundo, “nuevo Pentecostés”; el tercero, “redefinir la fe” y el cuarto, “un concilio pastoral”), pasa a desarrollar cuatro puntos, señalando como algunas de sus expresiones bien visibles ciertos documentos conciliares: adiós a una eclesialidad estatal de mil quinientos años (*Dignitatis humanae; Nostra aetate*); adiós a la escisión milenaria de la Iglesia Oriental y Occidental (*Orientalium Ecclesiarum*); adiós a quinientos años de escisión en la Iglesia de Occidente (*Unitatis redintegratio*); despedida de más o menos un siglo de dudas por parte de la Iglesia ante la modernidad (*Gaudium et spes*). HÜNERMANN, P., “Criterios para la recepción del Concilio Vaticano II [2011]”, *Selecciones de Teología* 52 (2013) 31-47.

⁸ Cfr. CONGAR, Y., “La Historia de la Iglesia, “lugar teológico””, *Concilium* 57 (1970) 86-97. Este teólogo dominico analizando una estadística comparativa de “términos” utilizados por el Vaticano I y por el Vaticano II, hacía notar que el vocablo “historia” era empleado 63 veces por éste último y ninguna por aquél. CONGAR, Y., *Le Concile de Vatican II*, París 1984, 19. Según G. Al-

- sin olvidar sus pronunciamientos sobre: la Iglesia en el mundo;⁹ la llamada de todos los bautizados a la santidad; el sentido de la actividad humana; el ecumenismo; la vida sacerdotal; la vida religiosa; los laicos;
- una Iglesia al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, que avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación.

Por otra parte, las decisiones sobre la supremacía de la Palabra de Dios, sobre la imposibilidad de renunciar al compromiso ecuménico o sobre la urgencia de una renovación litúrgica, tenían su más profunda fuente de inspiración en la convicción del carácter peregrinante de una Iglesia continuamente en camino hacia la plenitud del Reino. Esta convicción es la que llevó al Concilio a subrayar repetidamente la importancia de la Historia de la Iglesia como objeto de estudio y de investigación.

Ejemplos de estas nuevas perspectivas en Historia es que ya no se hablaría por ejemplo de: “pérfidos” judíos, “herejes” protestantes, “idólatras” musulmanes, etc. Otro acabado ejemplo es el acercamiento que a la figura del anteriormente “heresiarca” Martín Lutero hizo eclosión en 1983 con motivo del V Centenario de su nacimiento.

Y es que un axioma que recorre a lo largo de los siglos la Historia de la Iglesia es que del concepto que se tiene de ella, ha ido dependido la inteligencia y finalidad de la Historia de la misma.¹⁰ De ahí que se haya podido decir: “lo que es la Iglesia lo dirá su Historia”.

berigo, el Concilio expresaba este “sabor histórico” del Cristianismo a través de tres grupos de textos: 1) textos que subrayan la dimensión histórica de la economía cristiana: en el tema de la Revelación (DV 2; LG 9; AG 3), siendo la Encarnación la que justifica este primer aspecto de la cuestión (GS 10.38 y 45); 2) textos que resaltan las consecuencias de la implicación histórica del Cristianismo y de la Iglesia (AG 9; GS 1.40.54; LG 9; AA 14 y DH 15); 3) textos donde se destaca la relación orgánica entre historia y salvación (SC 43; UR 4; PO 9). ALBERIGO, G., “Cristianesimo e storia nel Vaticano II”, *Cristianesimo nella storia* 5 (1984) 587-589. Cfr. XERES, S., “El aporte...”, 222-229 y 236-238; SALOM CLIMENT, F., “La Historia en el Concilio Vaticano II”, en *Teología en Valencia: Raíces y retos. Buscando nuestros orígenes, de cara al futuro. Actas del X Simposio de Teología Histórica (3-5 marzo 1999)*, Valencia 2000, 507-517.

⁹ “La humanidad pasa de una concepción estática de la realidad, a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis” (GS 5).

¹⁰ Una expresión de ello son los diversos trabajos de *Concilium* 67 (1971), que van presentando algunas de las diversas autocomprensiones de ella en las diversas épocas y ámbitos.

3. LA POSTERIOR INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Pero el Concilio fue un verdadero “acontecimiento” que ocurrió hace más de cincuenta años, a lo largo de los cuales se han venido produciendo grandes modificaciones en el clima cultural y espiritual tanto intraeclesial –recordados posiblemente por la gran mayoría de los presentes¹¹– como extraeclesialmente. A esto último me voy a referir. La violenta sacudida que las culturas europea y norteamericana experimentaron el año 1968, tuvo como uno de sus componentes fundamentales una crítica radical del conocimiento histórico, que se manifestó en las generaciones más jóvenes bajo forma de rechazo del pasado, entendido como condicionamiento arbitrario e hipoteca del presente y del futuro.¹²

Posteriormente vino la globalización, una de cuyas expresiones es la denominada “dictadura del presente”. Y es que de manera natural se tiende a pensar que el pasado nada tiene que ver con nosotros, con nuestra actual vida y nuestros verdaderos intereses: es sólo algo que está allí, lejos y exento, encerrado en los libros, archivado en los anaqueles de las bibliotecas, separado del presente, y que, en consecuencia, el interés por él sólo es mera curiosidad erudita y no una necesidad auténtica, vital. Es lógico que esta inclinación sea más acusada en la juventud y se atenúe con los años: al fin y al cabo, los jóvenes apenas tienen pasado, mientras que, a medida que transcurren los años, los adultos cada vez tenemos más, hasta que ya casi sólo tenemos pasado.

Esta inclinación a ignorarlo se ha vuelto más fuerte en una sociedad dominada por los actuales medios de comunicación. Éstos, no sólo reflejan la realidad, sino que la determinan y en cierto sentido la crean (lo que traen los medios, ha ocurrido; lo que no está en ellos, no ha ocu-

¹¹ La *Tertio Millenio Adveniente* (10-XI-1994) de Juan Pablo II hizo, entre otros aspectos, fue una invitación a examinar el alcance de la recepción del Vaticano II. GONZÁLEZ DORADO, A., “La *Tertio Millennio Adveniente* desde la perspectiva del Concilio Vaticano II”, en *El Espíritu, memoria y testimonio de Cristo. Actas del IX Simposio de Teología Histórica (5-7 marzo 1997)*, Valencia 1997, 121-147; BOTELLA CUBELLS, V., “La *Tertio Millennio Adveniente*: una llamada a profundizar en la aplicación de las enseñanzas del Vaticano II y una invitación a examinar el alcance su recepción”, en *Ibid.*, 205-213. Sobre la recepción de este Concilio hay mucho publicado, cfr. ALBERIGO, G. – JOSSUA, J.P. (ed.), *La recepción del Vaticano II*, Madrid 1987; VILANOVA, E., *Historia...*, 947-1011; PIÉ-NINOT, S., “*Ecclesia semper reformanda*. La recepción del Vaticano II: balance y perspectivas”, en *Ecclesia semper reformanda. Teología y Reforma de la Iglesia. Actas del XV Simposio de Teología Histórica (14-16 noviembre 2011)*, Valencia 2012, 175-201.

¹² Cfr. VAUCELLES, L. de, “Los cambios del entorno social del catolicismo durante el periodo posconciliar”, en G. Alberigo y J.P. Jossua (ed.), *La recepción...*, 68-85.

rrido). Este dominio abrumador, creciente e imparable tiene consecuencias positivas, la principal de las cuales radica en el control cada vez más estrecho que pueden ejercer sobre los que detectan el poder. Pero también tiene consecuencias negativas, ya que dado que los imperativos excluyentes de dichos medios son la urgencia y la inmediatez, no hay tiempo en ellos para el pasado, que pasa a ser un lujo que apenas pueden permitirse. Y así se vive la ingenua ilusión de que el presente puede por sí solo permitir explicar todo.

Por otra parte, otro aspecto que no hay que olvidar es el progresivo alejamiento de la experiencia vivida durante el Vaticano II, en el que se hizo necesaria la colaboración entre historiadores y teólogos. La existencia de un objetivo común, constituyó un incentivo concreto y un estímulo para potenciar la convergencia de las diversas disciplinas. En el posconcilio, a medida que se fueron debilitando esos estímulos, fueron creciendo las dificultades para aceptar una motivación común. Esta nueva situación, ha engendrado más bien un movimiento centrífugo, exaltando lo específico de cada disciplina teológica y relegando a segundo plano los objetivos comunes y los puntos de convergencia.

Pero la cada vez más clara configuración de la Historia de la Iglesia como historia científica así como la actual comprensión de la naturaleza de la Iglesia,¹³ brindan unas particularidades que debemos tener en cuenta los historiadores si queremos superar el mero punto de vista sociológico:

1) la Iglesia es *todo* el Pueblo de Dios y no sólo su Jerarquía, lo que lleva a poner el acento cada vez más decididamente sobre la historia de la vida y las mentalidades religiosas más que sobre la historia de las instituciones eclesiales, de los dogmas y de la teología.

¹³ En 1995 Pedro Rodríguez afirmaba: “La eclesiología del Vaticano II, desde esta cristología inclusiva, fundamenta la historia de la Iglesia también como una historia inclusiva en todos los aspectos: primero, *ad intra*, porque es no sólo historia de la jerarquía y de las acciones jerárquicas, sino historia del pueblo de Dios, de la *congregatio fidelium*. Y también *ad extra*, porque incluye la historia de todas las confesiones cristianas, no sólo la historia confesional de la Iglesia Católica (aunque los cristianos no católicos son en realidad Iglesia *ad intra*) y las relaciones históricas del Cristianismo con las religiones no cristianas. Pero esta inclusión ha de ser siempre entendida no como disolución de la identidad de la Iglesia en una religiosidad general, sino como comprensión en clave cristológica y eclesiológica de las ansias de Dios de salvar a la Humanidad”. RODRÍGUEZ, P., “Discurso del Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra”, en *Qué es la Historia de la Iglesia. Actas del XVI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1996, 26; SCHEFFCZYK, L., “La eclesiología y la Historia de la Iglesia”, en *Ibid.*, 41-57; XERES, S., “El aporte...”, 238-245.

Por otra parte, la Jerarquía no es únicamente el Papa y la Curia romana, sino el Colegio Episcopal en unión con la sede romana, lo que lleva a poner también el acento, ante todo, en los desarrollos originales de la Iglesia local.

Hay que estudiar pues, a todos los bautizados (canonizados o no) y sin relegar a los grandes olvidados: los laicos y la mujer, así como el lugar que en ella ocupaban los pobres y demás excluidos de aquella sociedad. Sin olvidar a los que fueron auténticos profetas en aquellos tiempos así como a lo que podríamos denominar “signos de los tiempos” de cada época, aunque en su momento no fueran reconocidos explícitamente;

2) pero además la Iglesia es comunión, fraternidad vivida, fe y esperanza compartidas. Por ello no cabe limitarse, como hicieron no pocos historiadores en tiempos pasados, a los aspectos político-religiosos (naturaleza de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, intervenciones de la Iglesia en la vida pública, intervenciones del poder civil en la vida y organización de la Iglesia,...). Tales aspectos no son despreciables, precisamente porque la Iglesia se encuentra encarnada en el mundo y debe ejercer parte de su actividad en él, es decir, en esas cuestiones que afectan a la vez al orden temporal y al orden espiritual. Pero todo ello no pasa de ser un solo aspecto de su rica vida;

3) sin embargo, comunión no es lo mismo que adulación y por ello en la verdadera comunión se ha de vivir el sano pluralismo de los diversos, de cuantos poseen otra sensibilidad, u otros talentos y otras preocupaciones. De ahí que sea también importante conocerlos (controversias teológicas con sus ruidosos aspectos polémicos y sus repercusiones, herejías, etc.). También hay que estudiar los progresos positivos –entorpecidos a veces durante un tiempo más o menos largo por ciertos oscurecimientos silenciosos y dañinos– en el camino de un conocimiento cada vez más profundo del misterio revelado, gracias a la reflexión de los doctores y alimentado por la fe del conjunto de los fieles;¹⁴

¹⁴ “La historia del desarrollo del dogma no debe considerarse como un terreno reservado a los especialistas, sino como un elemento fundamental de la historia de la Iglesia, a condición, sin embargo, de no reducirla a la historia de las especulaciones de los teólogos ni a esos jalones esporádicos que son las intervenciones solemnes del magisterio; por el contrario, debe incluir el estudio de ciertos fenómenos como, por ejemplo, el lugar que ocupó la lectura de la Biblia en la vida corriente de los cristianos y en la formación de los clérigos, o la variación de las expresiones de la fe en las fórmulas oracionales en el curso de los siglos” (AUBERT, R., “Introducción”, 25).

4) es todavía más necesario si cabe, empeñarse en hacer revivir, con los rasgos particulares que lo caracterizaron en cada época, el dinamismo espiritual –ortodoxo y heterodoxo– de los cristianos en sus diversos aspectos: organización de la plegaria litúrgica, formas de la oración privada, florecimiento de las escuelas de espiritualidad, manifestaciones de la mística, de la piedad o de la religiosidad popular, así como sus obras de caridad y apostolado de todo tipo, encaminadas a aliviar los cuerpos, incrementar el espíritu, proteger las almas, difundir la buena nueva del Evangelio;

5) hay que continuar esforzándose por desmentir fundadamente ese conjunto de ficciones que abruman la Historia de la Iglesia. Hay que desmentir documentalmente tabúes que resultan insostenibles para cualquier persona bien informada. Sin olvidar tampoco lo que se han denominado “faltas históricas”, que no implican necesariamente una culpabilidad personal, pero que a lo largo de la Historia han solido tener consecuencias bastante trágicas. Sin negar que también puede haber –y, de hecho, las ha habido bastante a menudo– otras limitaciones individuales que se sitúan directamente en el orden moral que son verdaderos pecados, graves a veces.

Son esas formas de antitestimonio, que generaron la petición de perdón en el año 2000, la “purificación de la memoria” propugnada por el papa Juan Pablo II, que fue un mal trago para algunos.

Pero ¿hay que hacerlo? Pienso que sí, una vez que se haya hecho un esfuerzo por conocerlas, entenderlas. Pero entender, claro está, no significa disculpar; mejor dicho: significa lo contrario. El pensamiento y el arte se ocupan de explorar lo que somos, revelando nuestra infinita, ambigua y contradictoria variedad, cartografiando así nuestra naturaleza. Shakespeare o Dostoievski iluminan los laberintos morales hasta sus últimos recovecos, demuestran que el amor sabe conducir al asesinato o al suicidio y logran que sintamos compasión por psicópatas y desalmados; es su obligación, porque la obligación del arte (o del pensamiento) consiste en mostrarnos la complejidad de lo real, a fin de volvernos más complejos y en analizar cómo funciona el mal, para poder evitarlo, e incluso el bien, quizá para poder aprenderlo. No podemos ahorrarnos el esfuerzo de comprender el mal porque –como afirmaba Tzvetan Todorov– “comprender el mal no significa justificarlo, sino darse los medios para impedir su regreso”. Quien desee impedir que no se repita debe intentar comprenderlo, pero sin olvidar que no existen no existen dos subespecies

humanas, la de los monstruos y la de los normales; aunque desde el punto de vista moral sí que hay pecadores y otros que no lo son.

Pero eso, casi nunca es fácil. No sólo porque entender exige talento; también porque exige coraje. Quiero decir que entender es peligroso, que quien se atreve a hacerlo y a contar lo que ha entendido, por complejo e incómodo que sea, se arriesga a ser malinterpretado, atacado, acusado de traidor y de revisionista, que es la injuria habitual de los conformistas y los timoratos contra quienes no se resignan a la ortodoxia embustera de los lugares comunes. Claro que quien no quiera correr el riesgo de ser llamado traidor y revisionista no debería salir de casa. O al menos no debería escribir.

6) finalmente, ha de ser una Historia de la Iglesia católica (romana), pero desde una perspectiva ecuménica que no olvida ni las causas de las separaciones ni los valores de las otras confesiones cristianas, así como sus relaciones con otras Religiones.

Pero la Historia de la Iglesia es y debe seguir siendo cada vez más una disciplina histórica, que tiene un objeto propio –la “realización del ser de la Iglesia en el tiempo y en el espacio”, según Hubert Jedin¹⁵–, una específica razón formal de considerar ese objeto y un método propio. Dicho método, se ha de regir necesariamente por los principios que regulan la investigación histórica más estricta y en el que han de estar presentes: la *crítica*, que implica un examen riguroso de las fuentes, según las técnicas propias de la crítica interna y externa; la *imparcialidad*, que exige no dejarse llevar por ningún prejuicio, sino por el deseo de encontrar la verdad; la *pragmático-genética*, que penetra en la génesis interna y en los nexos causales que guiaron la acción de los protagonistas. Y todo ello sin olvidar la fe, ya que la Iglesia no es solamente obra de los hombres sino también obra de Dios, sin que esto perjudique su carácter de ciencia autónoma.¹⁶

¹⁵ La Historia de la Iglesia, como todo trabajo histórico, intenta reconstruir por métodos rigurosamente científicos, lo más objetivos posibles, su pasado, su evolución a través de los siglos y los rasgos particulares que la caracterizaron en cada época, según cabe llegar a ellos mediante las huellas que ese pasado ha dejado en los documentos escritos, en los monumentos arqueológicos y en otras fuentes sometidas al tamiz de la crítica histórica. El historiador de la Iglesia describe las vicisitudes concretas de esa Iglesia, situándolas en el marco más general de los acontecimientos profanos, sin ninguna intención apologética o edificante, sino movido por el único afán de mostrar y explicar, según la clásica fórmula de Ranke, lo que ha sucedido (*was geschehen ist*).

¹⁶ Sobre la importancia o no de una actitud de fe en el historiador de la Iglesia, AUBERTIN R., “Historiens croyants et historiens incroyants devant l'histoire religieuse”, *Recherches et Debat* 47 (1964) 28-43.

Debe ser una Historia de la Iglesia de Jesucristo, que no olvida el puesto que ocuparon y que siguen ocupando en esa historia las demás Iglesias cristiana; una Historia de la Iglesia santa que no disimula las numerosas debilidades que son patrimonio de sus miembros y pastores; una Historia de la Iglesia católica que toma en serio esta catolicidad y quiere extender realmente sus investigaciones a la Iglesia universal; una Historia de la Iglesia edificada sobre el fundamento de los Apóstoles, pero que sabe que la misión de estos y de sus sucesores es el servicio al pueblo cristiano en su totalidad y que su verdadero objeto es la vida de este pueblo. Una Historia de una institución humana que es, al mismo tiempo, Cuerpo de Jesucristo y Templo del Espíritu Santo y que se debe abordar con el respeto que se impone a quien pisa una tierra santa; pero que, por ser una historia con afán de rigurosa fidelidad a las leyes de la investigación histórica, no teme inspirarse en el adagio ciceroniano propuesto por León XIII como divisa del historiador católico en su breve *Saepe numero considerantes* del 18 de agosto de 1883, con ocasión de la apertura de los Archivos Secretos vaticanos: “no decir nada falso, ni omitir nada verdadero” (*ne quid falsi dicere audeat, ne quid ven non audeat*).

Si pasásemos ahora a revisar las publicaciones aparecidas en castellano desde el Concilio encontraremos al menos una, con ediciones en varia lenguas europeas, que tiene explícitamente la intención de aplicar las nuevas perspectivas conciliares a la reconstrucción histórica de los sucesos eclesiales. Fue de iniciativa francesa: la *Nueva Historia de la Iglesia*, de cinco volúmenes publicados en castellano entre el 1964 y el 1977. Escrita pues a pocos años de distancia de la clausura del Concilio, hace referencia explícitamente a los nuevos impulsos ofrecidos por el Vaticano II.¹⁷

Pero si fijásemos nuestra atención en la Historia de la Iglesia de España,¹⁸ constataríamos que hoy son Historias Generales de la Iglesia

¹⁷ Cfr. AUBERT, R., “Introducción”, 19-37; Xeres también habla de otra también de iniciativa francesa: la *Histoire du christianisme*, iniciada en 1995, bajo la dirección de Jean-Marie Mayeur, Charles y Luce Pietri, traducida a otras lenguas, entre las cuales el italiano y el alemán pero no el castellano. “Aunque no remitiéndose explícitamente al Concilio, constituye *de hecho* la primera concreción, en un manual de gran alcance, de las ampliadas dimensiones impresas por el Vaticano II sobre la figura de la Iglesia: extensión geográfica más allá del tradicional eurocentrismo; apertura ecuménica con específica consideración de las diversas tradiciones cristianas (también con la intervención de historiadores de varia pertenencia confesional); constante profundización sobre la vida de las comunidades cristianas, poniendo de relieve los aspectos cotidianos, devocionales, culturales”. XERES, S., “El aporte...”, 245-246.

¹⁸ Cfr. CUENCA TORIBIO, J.M., “La historiografía eclesiástica española contemporánea. Balance provisional a finales de siglo (1976-2000)”, en *Estudios sobre el Catolicismo español contem-*

elaboradas por varios autores, pero sobre todo que han venido apareciendo importantes estudios particulares realizados ya no sólo por clérigos sino también por gran cantidad de laicos, miembros de diversas instituciones superiores de investigación, lo cual es ya una peculiaridad.¹⁹

Permítaseme un breve desahogo. Personalmente me formé eclesiásticamente en esta Valencia ya en los primeros tiempos postconcilio, como historiador civil en la Universidad argentina de la década de los 70, y como sacerdote en las periferias sudamericanas en esas mismas décadas del 70 y 80.

En mi vida como historiador de la Iglesia la gran mayoría de cosas han dependido de mi voluntad y otras del azar, que he vivido como un guiño amoroso de Dios. Creo que he sido, en general, bastante dócil y puedo afirmar que nunca he buscado ni puestos ni beneficios. Pienso que gracias a esta actitud, he gozado de libertad, aunque también he sufrido algunos problemas.

Pero muchas veces me ha preguntado: ¿cómo hablar de la Iglesia desde dentro, consciente de lo importante que es para mí y creo que para la Humanidad, pero reconociendo, al mismo tiempo, el inmenso lastre que arrastra? ¿cómo enseñar desde ella a vivir en el mundo actual, en un Estado laico sin sobresaltos, sin escandalizar y sin ser tenebrosos? ¿cómo estimular desde ella a ser testigos del Dios Vivo, tolerantes y respetuosos con quienes creen en otros valores? ¿cómo enseñar a amar a la Iglesia real y no a un constructo etéreo que no existe y es causa de tantos desengaños?

Pienso que primero hay que saber bastante de su Historia, que no sé si es mi caso. Este conocer quiere decir no sólo tener datos, sino –sobre todo– reflexión y capacidad de relacionarlos, capacidad de saber descubrir el tejido de la Historia de la Iglesia en la vida de los seres humanos, en sus angustias y sus esperanzas. Solo el miedo, la inseguridad y la ignorancia pueden explicar el rechazo de la Historia real.

poráneo, III, Córdoba 2002, 13-58; una versión muy reducida la había publicado en *Hispania Sacra*, 103, 1999, 355-383; este trabajo completa su anterior y antiguo: “Materiales para el estudio de la Iglesia jerárquica española contemporánea. Episcopologios, biografías, obras de carácter general” [1975], también recogido en sus *Estudios sobre el Catolicismo español contemporáneo*, I, Córdoba 1990. Para completarlos y actualizarlos se puede consultar desde su aparición en 1992 la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, de la Universidad de Navarra; también es interesante, “Recientes Historias de la Iglesia”, *Concilium* 57 (1970) 111-122. El último intento en castellano son los cuatro gruesos volúmenes del manual *Historia del Cristianismo*. Madrid, Ed. Trotta-Universidad de Granada, 2003ss., realizado por diversos historiadores, la gran mayoría laicos, con carácter más bien de alta divulgación.

¹⁹ Basándose en bibliografía italiana, XERES, S., “El aporte...”, 246-248.

Pero al repasar mis años de profesor e investigador de Historia de la Iglesia, me doy cuenta de que mi docencia la he impartido en Centros Superiores de Estudios Teológicos insertos en la sociedad actual y de los que entré a formar parte desde 1980 en Uruguay y, ocho años después, en este de Valencia. Pienso que en ellos no debemos ser un reducto inexpugnable de una sensibilidad eclesial determinada. Debemos estar al servicio de toda la Iglesia y debemos ofrecer en toda su riqueza el pensamiento cristiano a seguidores de Jesús —seminaristas, religiosos y laicos— que deben confrontarse con este mundo tan plural. Debemos ser un centro generador de cultura cristiana, capaz de confrontarse con otras manifestaciones de la cultura contemporánea local, autonómica y universal, sin clericalismos trasnochados o raquitismos empobrecedores, y sin complejos. Tenemos la responsabilidad de enseñar y formar cristianos en y para el mundo de hoy.

Por eso siempre me he preguntado y he intentado responder a la pregunta: ¿qué función pastoral tiene la Historia de la Iglesia? ¿qué sentido tiene su enseñanza?²⁰ Sin entrar en la bastante ambigua y superada distinción entre lo “doctrinal” y lo “pastoral”, y sin olvidar todo lo que acabo de señalar y el actual desprestigio en nuestra sociedad de las Humanidades —y entre ellas la Historia—, pienso que ella no es una tienda de antigüedades eclesiales y eclesiásticas, sino la inteligencia que ella tiene de sí misma a día de hoy.

El que estudia a la luz de la fe la génesis y crecimiento de la Iglesia a lo largo de los siglos, penetra en su naturaleza a la vez divina y humana, la comprende tal como ha ido siendo y no solamente como debe ser, conoce sus leyes vitales y se sitúa a sí mismo firmemente dentro de ella. Presupuesto de este “pragmatismo eclesiológico”, por denominarlo de alguna manera, es desde luego la indagación estrictamente científica y la exposición desinteresada de los hechos. Si una y otra se dan, la Historia de la Iglesia puede y debe sacar consecuencias para la inteligencia del momento actual y para la solución de cuestiones presentes.²¹ Conocerla

²⁰ Es curioso, además de significativo, que casi todos los autores de los actuales manuales en castellano respondan a estas mismas preguntas: LORTZ, J., “Introducción”, 26-31; JEDIN, H., “Introducción”, 36-38; AUBERT, R., “Introducción”, 26-28; ÁLVAREZ GÓMEZ, J., “Nociones...”, 11-12; BELDA PLANS, J., “La aportación de la Historia de la Iglesia a la formación teológica”, en *Qué es...*, 565-574; ESCUDERO IMBERT, J., “Sobre las relaciones de la Historia de la Iglesia con la Teología”, en *Ibid.*, 623-654.

²¹ Así por ejemplo, la Historia de los Concilios ilumina un concilio actual, pues éste es sólo un eslabón de una larga cadena. El que conoce la Historia de los intentos de unión en siglos pasados, adquiere un punto de mira seguro y sin ilusiones ante las actuales aspiraciones ecuménicas. La His-

en su Historia debe estimular y animar, pues es un medio apropiado para conocer más a fondo la esencia del mensaje cristiano y de la Iglesia. Incluso puede decirse que constituye una eficaz apología de la misma.²²

“No comprenderemos la actualidad de la Iglesia en que nosotros mismos nos movemos, si no hemos comprendido primeramente el pasado cristiano entero”, dijo Möhler en 1840. Limitar la Historia de la Iglesia bien a lo que se vive, o bien a lo que se tiene aún por vivo en la actualidad, sería entregarla a un pragmatismo que, si bien es imprescindible como principio pedagógico, es inaceptable como base de la investigación y exposición, pues pone en riesgo su carácter científico.

Después del Concilio, la Santa Sede ha promulgado algunos documentos relativos a los estudios académicos.²³ Dichos documentos, además de ratificar la importancia del estudio de la Historia de la Iglesia, señalan su puesto como disciplina teológica principal, no auxiliar, y que la investigación histórica ha de predominar en el aspecto positivo de la reflexión teológica.²⁴

Y es que, esta disciplina es una parte de la Historia de la Salvación porque toma su punto de partida en la encarnación del Verbo y durará hasta la Parusía. La Historia de la Iglesia es necesaria para la teología sistemática, tanto dogmática como moral, porque le aporta los materiales para la construcción sistemática que, de lo contrario, se podría convertir en elucubraciones inútiles. Ya decía Melchor Cano en 1563 que “todos los hombres doctos están de acuerdo en afirmar que son absolutamente rudos aquellos teólogos en cuyas elucubraciones está muda la Historia”.²⁵ Sin un conocimiento suficiente de la Historia de la Iglesia será difícil que los sacerdotes, catequistas, profesores de Religión y laicos, puedan explicar de un modo adecuado las circunstancias e intenciones de las deci-

toria de la Vida Religiosa no es la historia de órdenes particulares, pues éstas son ramas del árbol de la Iglesia, testimonios vivos del elemento carismático que en ella obra, y respuestas a las cuestiones que cada tiempo plantea. Si la Historia de las Misiones estudia los problemas de la adaptación y del europeísmo, contribuye en forma importante a la definición de las relaciones de la Iglesia con la cultura. La Historia de la Iglesia esclarece el sentido primigenio de las instituciones y aguza nuestra mirada en orden a las reformas necesarias (por ejemplo, de carácter litúrgico).

²² El valor de la Historia de la Iglesia radica en que descubre a lo largo de los siglos la rica gama de posibilidades de la existencia cristiana y se enfrenta con lo humano en la Iglesia, con el problema del poder, del pecado y de la deficiencia.

²³ *Normis declarationis* (1968), *Ratio fundamentalis* (1970), *Tra i molteplici segni* (1976), *Código de Derecho Canónico* (1983).

²⁴ Cfr. *Optatam totius* 16; *Ratio fundamentalis*, 79; *Tra i molteplici segni*, 29.

²⁵ *De locis theologicis* XI, 2.

siones del Magisterio y el significado real de las doctrinas de los Padres y de los Concilios.²⁶

Pero además, una de las orientaciones de nuestra Facultad es la “Teología Histórica”, o sea, la reflexión y enseñanza de la Teología teniendo en cuenta, entre otros aspectos, la situación histórica del tema, el desarrollo histórico de las diversas posiciones, su evolución, etc.²⁷ Aprovecho la ocasión para manifestar que en el Plan de Estudios de Asignaturas Obligatorias del Bachillerato Canónico (o Grado) que se imparte en esta Facultad, debería haber una específica *Historia del Arte Cristiano*, dada la significación que este tiene para la Historia de la Iglesia y del pensamiento teológico.

El método didáctico de la Historia de la Iglesia –creo que como de la gran mayoría de materias que se imparten en la Facultad– ha de tender siempre más *a formar* que *a informar*, aunque esto tampoco se debe olvidar porque a veces se leen afirmaciones que son fruto de la desinformación imperante sobre estos temas, inclusive entre presuntos historiadores. La tarea de los alumnos no puede en modo alguno reducirse a la memorización escueta de unos nombres y unas fechas, sino que debe estar orientada al análisis de la génesis y desarrollo de los acontecimientos, en todas sus dependencias y conexiones causales, para determinar las fuerzas y las ideas que están en el origen de los procesos evolutivos de la marcha de la Iglesia.

Estoy convencido de que la mala enseñanza de la Historia de la Iglesia –como de la Historia en general–, ayuda a no tener la visión crítica sobre el pasado y por tanto a no tener la necesaria y fundamental visión crítica sobre el presente ni a ir construyendo el futuro. Pero la Historia es un instrumento para conocer de la forma más objetiva posible el pasado y no un arma arrojadiza contra presuntos enemigos.

²⁶ Cfr. AUBERT, R., “La Historia de la Iglesia, clave necesaria para interpretar las decisiones del Magisterio”, *Concilium* 57 (1970) 98-110. Además, si la Eclesiología no se nutre abundantemente de dicha Historia será fácil tergiversar las instituciones de la Iglesia, que en la Iglesia primitiva estaban cargadas de una gran complejidad. La Liturgia tiene que conceder un amplio margen a la Historia: solamente así será inteligible, tanto más cuanto que la Liturgia cultiva en gran medida la Historia de la Iglesia en el Oficio de Lecturas. El Decreto del Vaticano II sobre el Ecumenismo, asigna a la Historia de la Iglesia un cometido verdaderamente importante: nada menos que la misión de desintoxicar las relaciones entre las Iglesias separadas, porque solamente conociendo históricamente el origen de las divisiones, se logrará un mayor consenso entre todas las confesiones cristianas (UR 10).

²⁷ Cfr. VIDAL TALENS, J., “La “teología histórica”: pensar a Dios en la Historia”, en *In spiritu et veritate. Homenaje al Profesor D. Adolfo Barrachina*, J. Pascual Torró y J. Sancho Andreu (ed.), Valencia 2006, 479-489.

Si bien, debe afirmarse que ningún tiempo pasado fue mejor que este, sobre todo porque este aún lo podemos enmendar, enderezar, y aquel ya no se puede arreglar. Es también exacto que si no conocemos el pasado, o por lo menos, si no nos acercamos a él con cierto ánimo de comprenderlo, jamás vamos a entender mucho.

Pero el mayor conocimiento de la Historia de la Iglesia puede llevar a un inical escándalo y sobre todo a un relativismo histórico y crítico contra las instituciones, las formas de devoción y, sobre todo, contra los Papas y los Obispos. Ello no ocurrirá si el que la estudia no confunde el ideal de la Iglesia sin mancha ni arruga con su forma histórica en la que es preciso reconocer las propias culpas. Es la tremenda realidad paradójica de que hablaban los Santos Padres al referirse a ella como “casta meretriz”.

El dominico padre Congar añadía, que esto “es algo muy distinto del escepticismo. Por el contrario, se trata de un medio para ser y manifestarse más sincero, y, vista la relatividad de lo que es efectivamente relativo, no dar categoría de absoluto a aquello que no lo es de verdad. Gracias a la Historia captamos la proporción exacta de las cosas, evitamos tomar por "la Tradición" lo que no viene más que de anteaer y además ha sufrido alteraciones en el curso del tiempo. Quitamos dramatismo a las inquietudes que fatalmente suscita en nosotros la aparición de ideas y formas nuevas. Si la Historia es algo más que la simple erudición o el periodismo del pasado, podremos, gracias a ella, situarnos mejor en el presente, tomar conciencia más lúcida de cuanto está realmente en juego y entender mejor el significado de las tensiones que vivimos”. Hasta aquí el padre Congar.²⁸

A MODO DE CODA FINAL

El papa Francisco declaró a Henrique Cymerman el pasado 9 de junio: “Para mí, la gran revolución es ir a las raíces, reconocerlas y ver lo que esas raíces tienen que decir el día de hoy [...] Nunca se puede dar un paso en la vida si no es desde atrás, sin saber de dónde vengo, qué apellido tengo, qué apellido cultural o religioso tengo”. Hasta aquí el Papa.

²⁸ CONGAR, Y., “La Historia...”, 89.

En mi intervención, más que de lo “que es” o “debe ser” la investigación y enseñanza de la Historia de la Iglesia, se ha podido observar que he hablado de lo “que intenta ser” al menos en mi caso personal en estos tiempos eclesiales actuales. Estoy convencido de que la verdadera Historia de la Iglesia nos posibilita el conocimiento de su vida y de su tradición plural y enriquecedora. Por eso pienso que debería ser un tema muy central en la vida del cristiano. Y es que no se trata de un programa de marketing, ni de una confrontación de actitudes maniqueas entre buenos y malos, sino de la apasionante Historia de la presencia del Espíritu en una inmensa colección de frágiles vasijas de barro que contienen un valioso tesoro. Contradictoria, maravillosa, gratificante, llena de luces y también con sombras, pero como dijo un poeta: las vidas de los seres humanos –y por tanto de los cristianos– no son blancas o negras, sino a veces gris más claro y otras más oscuro.

Por eso, con alegría y otras veces con dolor, he proclamado y proclamo: ¡Ésta es la Iglesia que amo!

Muchas gracias.